

EL PUEBLO DE DIOS EN EL HORNO

SERMÓN N.º 35

Predicado en la mañana del Domingo, 12 de agosto de 1855 Por

el Rev. C. H. Spurgeon

En la Capilla de New Park Street, Southwark

«Yo te he escogido en el horno de la aflicción.» (Isaías 48:10)

Cuando viajas por el campo, a menudo habrás notado que en diferentes lugares las viejas rocas asoman por debajo de la tierra, como si quisieran hacernos saber de qué están hechos los huesos de la tierra y cuáles son los sólidos cimientos de este globo. Así también, al escudriñar las Escrituras, encontrarás aquí instrucción, aquí amonestación, aquí repreensión y aquí consuelo, pero muy frecuentemente descubrirás las viejas doctrinas, como rocas antiguas que se elevan en medio de otros asuntos.

Y cuando menos lo esperas, encontrarás la elección, la redención, la justificación, el llamamiento eficaz, la perseverancia final o la seguridad del pacto introducidos, solo para que veamos cuáles son los sólidos cimientos del Evangelio y cuáles son esas verdades profundas y misteriosas sobre las que debe descansar todo el sistema del Evangelio.

Así en este texto, por ejemplo, cuando en el capítulo parecía haber poca necesidad de mencionar la doctrina de la elección de su pueblo por parte de Dios, de repente el Espíritu Santo mueve los labios del profeta y le manda pronunciar este sentimiento: «Yo te he escogido». Yo te he escogido por mi gracia eterna, soberana y distintiva. Te he escogido en los propósitos del pacto. Te he escogido según mi amor electivo. «Yo te he escogido en el horno de la aflicción.» (Isaías 48:10).

Pues bien, es bueno que a veces se mencionen cuando menos lo esperamos, porque son cosas que solemos olvidar. La tendencia de muchos en la época actual es menospreciar todo conocimiento doctrinal y decir: «No nos importa si algo es verdadero o no». Esta es una época superficial. Pocos ministros aran más allá de la capa superficial del suelo. Son muy pocos los que profundizan en la esencia del Evangelio y tratan las cosas estables en las que nuestra fe debe descansar.

Y por eso, bendecimos y adoramos al Espíritu Santo porque Él escribe tan frecuentemente estas gloriosas verdades para hacernos recordar que, después de todo, existe tal cosa como la elección. «Yo te he escogido en el horno de la aflicción.» (Isaías 48:10). Sin embargo, no voy a extenderme en eso, sino que, después de hacer una o dos observaciones preliminares, procederé a discutir el tema del horno de la aflicción como el lugar donde los escogidos de Dios se encuentran continuamente.

Y la primera observación que haré será esta: no todas las personas en el horno de la aflicción son escogidas. El texto dice: «Yo te he escogido en el horno de la aflicción» (Isaías 48:10), y ello implica que puede haber, y sin duda las hay, algunas personas en el horno que no son escogidas. ¡Cuántas personas suponen que, por el hecho de ser probadas, afligidas y tentadas, son hijos de Dios, cuando no son tal cosa! Es una gran verdad que todo hijo de Dios es afligido, pero es una mentira que todo hombre afligido sea un hijo de Dios.

Todo hijo de Dios tendrá una u otra prueba, pero no todo hombre que tiene una prueba es necesariamente un heredero del cielo. El hijo de Dios puede estar en la pobreza —frecuentemente lo está—, pero no debemos inferir que, por lo tanto, todo hombre pobre es necesariamente un hijo de Dios, pues muchos de ellos están depravados y arruinados, blasfemando contra Dios y adentrándose mucho en la iniquidad.

Muchos hijos de Dios pierden sus propiedades, pero no debemos concluir por ello que todo quebrado o todo insolvente sea un vaso de misericordia. De hecho, a menudo hay cierta sospecha de que no lo es. Un hijo de Dios puede ver sus cosechas arruinadas y el tizón apoderarse de sus campos, pero eso no prueba su elección, porque multitudes que nunca fueron escogidas por Dios han sufrido el tizón y el azote tanto como él.

Puede ser calumniado y su carácter difamado, pero eso también puede ocurrirle al mundano más impío, pues ha habido hombres muy alejados de la religión que, sin embargo, han sido calumniados —en política o en literatura—. Ninguna tribulación nos prueba ser hijos de Dios, a menos que sea santificada por la gracia, pero la aflicción es el destino común de todos los hombres —el hombre nace para ella, *así como las chispas vuelan hacia arriba*—. Y no debes inferir, porque te encuentres afligido, porque seas pobre, o estés enfermo, o angustiado en tu mente, que por ello eres un hijo de Dios. Si lo imaginas así, estás construyendo sobre un cimiento falso. Has concebido una idea errónea y no estás en absoluto acertado en el asunto.

Esta mañana, si es posible, me gustaría inquietar a algunos de ustedes que tal vez se hayan estado aplicando un bálsamo curativo en sus almas sin tener derecho a hacerlo. Quisiera mostrarles, si pudiera, muy claramente, que después de todo su sufrimiento, aún pueden, a través de mucha tribulación, entrar en el reino del infierno. Existe tal cosa como ir al pozo de la perdición a través de la prueba, porque el camino de los impíos no siempre es fácil, ni los senderos del pecado son siempre agradables.

¡Hay pruebas en el camino de los impíos, hay problemas que tienen que sufrir que son tan agudos como los de los hijos de Dios! ¡Oh, no confíen en sus problemas, fijen sus pensamientos en Jesús! Hagan de Él el único objeto de su confianza y que la única prueba sea esta: «¿Soy uno con Cristo? ¿Me

apoyo en Él?». Si es así, sea que sea probado o no, soy un hijo de Dios. Pero por mucho que sea probado, «aunque entregue mi cuerpo para ser quemado, y no tenga amor, de nada me sirve».

Muchos hombres afligidos nunca han sido hijos de Dios. Muchos de ustedes, sin duda, pueden recordar a personas en su vida cuyas aflicciones los hicieron peores en lugar de mejores, y de muchos hombres se puede decir, como dijo Aarón: «He aquí, puse el oro en el horno, y de él salió este becerro». Muchos becerros salen del horno. Muchos hombres son puestos en el horno y salen peores de lo que estaban antes: salen como un becerro.

Los hombres pasaban por el fuego en los días de los reyes de Israel —cuando pasaban por el fuego a Moloc—. Pero el fuego de Moloc no los purificaba ni los beneficiaba. Al contrario, los hacía peores, los dedicaba a un dios falso. También se nos dice en la Palabra de Dios cómo cierta clase de personas son puestas en el horno y no sacan ningún provecho de ello, y no son hijos de Dios.

Pero, para que nadie dude de lo que he dicho, que recurra al pasaje del capítulo veintidós de Ezequiel, versículos 17-18: «Y vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, la casa de Israel se me ha convertido en escoria; todos ellos son bronce, y estaño, y hierro, y plomo, en medio del horno; escoria de plata son. Por tanto, así ha dicho Jehová el Señor: Por cuanto todos vosotros os habéis convertido en escoria, he aquí, yo os reuniré en medio de Jerusalén. Como se reúne plata y bronce, y hierro, y plomo y estaño en medio del horno, para soplar fuego en él para fundirlo; así os reuniré en mi furor y en mi ira, y os dejaré allí, y os fundiré.» (Ezequiel 22:17-18).

Así pues, ven que hay algunos que sienten el horno que no son del Señor, algunos para quienes no hay promesa de liberación, algunos que no tienen esperanza de que así se estén volviendo cada vez más puros y más aptos para el cielo. Sino que, por el contrario, Dios los deja allí como se deja la escoria, para ser completamente consumidos. Tienen en la tierra el anticipo del infierno y la marca del demonio está impresa sobre ellos en sus aflicciones incluso aquí. Que este pensamiento sea meditado por cualquiera que esté construyendo su salvación sobre cimientos falsos. Las aflicciones no son prueba de filiación, aunque la filiación siempre asegura la aflicción.

Pero la segunda observación preliminar que quiero hacer es sobre la inmutabilidad del amor de Dios hacia su pueblo. «Yo te he escogido en el horno de la aflicción.» (Isaías 48:10). Te escogí antes de que estuvieras aquí. Sí, te escogí antes de que tuvieras un ser, y cuando todas las criaturas yacían ante Mí en la pura masa de la creación, y Yo podía crear o no crear según mi agrado, te escogí y te creé un vaso de misericordia destinado a la vida eterna. Y cuando tú, en común con toda la raza, habías caído, aunque pude haberte aplastado con ellos y haberte enviado al infierno, te escogí en tu condición caída y proveí para tu redención. En la plenitud del tiempo, envié a mi Hijo, quien cumplió mi ley y la hizo honorable. Te escogí en tu nacimiento, cuando, como un infante indefenso, dormías en el pecho de tu madre. Te escogí cuando creciste en la niñez, con todas tus locuras y tus pecados. Decidido a salvarte,

velé por tu camino cuando, como esclavo ciego de Satanás, te divertías con la muerte. Te escogí cuando, en la madurez, pecaste contra Mí con mano dura. Cuando tus desenfrenados deseos te lanzaban locamente hacia el infierno. Te escogí, entonces, cuando eras blasfemo y jurador, y estabas muy lejos de Mí. Te escogí, entonces, incluso cuando estabas muerto en delitos y pecados. Te amé y aún tu nombre se guardó en mi libro. Llegó la hora señalada. Te redimí de tu pecado. Te hice amar. Te hablé y te hice dejar tus pecados, y te convertiste en mi hijo, y te escogí de nuevo entonces. Desde aquella hora, ¡cuántas veces me has olvidado! pero yo nunca te he olvidado. Te has apartado de Mí. Te has rebelado contra Mí. Sí, tus palabras han sido extremadamente vehementes contra Mí, y me has despojado de mi honor, pero aun así te escogí. Y ahora que te pongo en el horno, ¿crees que mi amor ha cambiado? ¿Soy acaso un amigo de verano que huye de ti en invierno? ¿Soy acaso uno que te ama en la prosperidad y te desecha en la adversidad? No, escucha estas mis palabras, tú, probado en el horno: «Yo te he escogido en el horno de la aflicción.» (Isaías 48:10).

No pienses, pues, cuando estés en problemas, que Dios te ha abandonado. Piensa que te ha abandonado si nunca tienes pruebas y problemas, pero cuando estés en el horno di: «¿No me dijo Él esto de antemano?».

**«¿Tentación o dolor? —Él no me dijo menos:
Sé por su Palabra que los herederos de la salvación,
A través de mucha tribulación, deben seguir a su Señor.»**

¡Oh, bendita reflexión! Que nos consuele. Su amor no cambia. No puede ser alterado. El horno no puede quemarnos, ni un solo cabello de nuestra cabeza puede perecer. Estamos tan seguros en el fuego como fuera de él. Nos ama tanto en las profundidades de la tribulación como en las alturas de nuestra alegría y exaltación. ¡Oh! ustedes que son amados por amigos, «Cuando tu padre y tu madre te abandonen, Jehová te recogerá.»

Ustedes que pueden decir: «El que comía mi pan, ha levantado contra mí su calcañar.» «Aunque todos te abandonen», dice JEHOVÁ, «yo no lo haré.» Oh Sion, no digas que has sido olvidada de Dios. Óyele cuando habla: «¿Puede una mujer olvidar a su hijo de pecho, para no compadecerse del hijo de su vientre? Aunque ellas olviden, yo nunca te olvidaré.» «He aquí que en las palmas de mis manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros.» Regocíjate entonces, oh cristiano, en este segundo pensamiento, de que el amor de Dios no falla en el horno, sino que es tan ardiente como el horno, y más aún.

Y ahora al tema, que es este: el pueblo de Dios en el horno. Y al discutirlo, primero nos esforzaremos por probar el hecho de que, si quieres al pueblo de Dios, lo encontrarás en el horno. En segundo lugar, trataremos de mostrar las razones por las que existe un horno. En tercer lugar, los beneficios del horno y, en cuarto lugar, los consuelos en el horno. ¡Y que Dios nos ayude al hacerlo!

I. Primero, entonces, afirmo el hecho de que SI QUIERES AL PUEBLO DE DIOS, GENERALMENTE DEBES BUSCARLO EN EL HORNO.

Contemplemos el mundo en su era primigenia, cuando Adán y Eva son expulsados del jardín. He aquí, han engendrado dos hijos, Caín y Abel. ¿Cuál de ellos es el hijo de Dios? Aquel que yace allí golpeado por la maza, un cadáver sin vida. Él, que acaba de estar en el horno de la enemistad y persecución de su hermano, ese es el heredero del cielo.

Algunos cientos de años transcurren y ¿dónde está el hijo de Dios? Hay un hombre cuyos oídos están continuamente vexados por la conversación de los impíos y que camina con Dios, incluso Enoc, y él es el hijo de Dios. Desciende aún más, hasta que llegues a los días de Noé. Encontrarás al hombre de quien se ríen, al que silban, al que abuchean como tonto, como simple, como idiota, construyendo un arca en tierra seca, de pie en el horno de la calumnia y la burla, ese es Noé, el elegido de Dios. Sigue adelante a través de la historia. Deja que los nombres de Abraham, Isaac y Jacob pasen ante ti y podrás escribir sobre todos ellos: «Estos fueron el pueblo probado de Dios.»

Luego ve a la época en que Israel fue a Egipto. ¿Me pides que encuentre al pueblo de Dios? No te llevo a los palacios del faraón, no te pido que camines por los majestuosos salones de Menfis o

vayas a la Tebas de cien puertas. No te llevo a ninguno de los lugares adornados con el esplendor, las glorias y la dignidad de los monarcas, sino que te llevo a los hornos de ladrillos de Egipto.

Mira a aquellos esclavos que sufren bajo el látigo, cuyo clamor de opresión sube al cielo. El número de sus ladrillos se ha duplicado y no tienen paja para elaborarlos. Este es el pueblo de Dios. Están en el horno. Mientras seguimos los senderos de la historia, ¿dónde estaba la familia de Dios después? Estaban en el horno del desierto sufriendo privaciones y dolor. La serpiente ardiente les silbaba. El sol los abrasaba, sus pies estaban cansados, les faltaba agua y el pan les fallaba, y solo era provisto por milagro.

No estaban en una posición deseable, pero entre ellos —pues *no todos los que son de Israel son Israel*— estaban los escogidos, los que más estaban en el horno: Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefone, contra quienes el pueblo tomó piedras para apedrearlos, estos eran los hijos de Dios. Estos fueron distinguidos por encima de sus compañeros como elegidos de entre la nación escogida.

Pasa todavía las benditas páginas, atraviesa Jueces y llega al tiempo de Saúl, y ¿dónde estaba entonces el siervo de Dios? ¿Dónde está el hombre a quien el rey se deleita en honrar? ¿Dónde está el hombre conforme al corazón de Dios? Está en el horno, vagando por las cuevas de En-gadi, escalando las sendas de cabras, cazado como la perdiz por un enemigo implacable.

Y después de sus días, ¿dónde estaban los santos? No en los salones de Jezabel, ni sentados a la mesa de Acab. He aquí, están escondidos de cincuenta en cincuenta en la cueva, y alimentados con pan y agua. Mira a aquel hombre en la cima de la montaña, envolviéndose en su tosco vestido. En un tiempo, su morada es junto al arroyo cristalino, donde los cuervos le traen pan y carne. En otro tiempo, una viuda es su anfitriona, cuyas únicas posesiones son un poco de aceite y un puñado de harina; en el horno está Elías, el remanente del pueblo escogido de Dios.

Recorre la historia. No necesito seguirla, de lo contrario podría hablarte de los días de los Macabeos, cuando los hijos de Dios eran ejecutados sin número, por toda clase de torturas hasta entonces inauditas. Podría hablarte de los días de Cristo y señalar a los despreciados pescadores, para ser objeto de risa y convertirse en apóstoles perseguidos.

Podría seguir a través de los días del papado y señalar a aquellos que murieron en las montañas o sufrieron en las llanuras. La marcha del ejército de Dios puede ser rastreada por sus cenizas dejadas atrás. El curso de la nave de la gloria puede ser rastreado por el brillo blanco de los sufrimientos dejados en el mar del tiempo. Como un cometa, cuando se lanza en su gloria, deja una estela de resplandor por un momento, así la iglesia ha dejado tras de sí fuegos ardientes de persecución y problemas.

El camino del justo está marcado en el seno de la tierra; los monumentos de la iglesia son los sepulcros de sus mártires. La tierra ha sido arada con surcos profundos dondequiera que ellos han vivido. No encontrarás a los santos de Dios donde no encuentres el horno ardiendo a su alrededor. Supongo que será así hasta la última edad. Hasta que llegue ese tiempo en que nos sentaremos bajo nuestra propia vid y nuestra propia higuera, sin que nadie nos infunda temor ni se atreva a intentarlo, todavía debemos esperar sufrir.

Si no fuéramos calumniados, si no fuéramos el blanco del ridículo, no nos consideraríamos hijos de Dios. Nos gloriamos de que nos destacamos en el día de la batalla. Agradecemos a nuestros enemigos por todas sus flechas, porque cada una lleva en sí pruebas del amor de nuestro Padre. Agradecemos a nuestros adversarios por cada puñalada, porque solo corta nuestra armadura y resuena en nuestra cota de malla, sin alcanzar nunca el corazón.

Les agradecemos por cada calumnia que han forjado y por cada mentira que han fabricado, porque sabemos en quién hemos creído y sabemos que estas cosas no pueden separarnos de su amor. Sí, tomamos esto como una señal de nuestro llamamiento, de que nosotros, como hijos de Dios, podemos sufrir persecución por causa de la justicia.

Es un hecho, digo, que encontrarás la religión en el horno. Si se me pidiera que encontrara la religión en Londres, proclamo que el último lugar donde pensaría ir a buscarla sería en aquella

enorme estructura que excede en gloria a un palacio, donde se ve a hombres ataviados con todos los adornos que la antigua ramera de Babilonia misma amó una vez.

Iría a un lugar más humilde que ese. No iría a un lugar donde tuvieran al gobierno para ayudarles, y a los grandes y nobles del país para respaldarlos, sino que generalmente iría entre los pobres, entre los despreciados, donde el horno ardiera con mayor fuerza. Allí esperaría encontrar santos, pero no entre las iglesias respetables y de moda de nuestra tierra. Este es un hecho, entonces, que el pueblo de Dios a menudo está en el horno.

II. Y ahora, en segundo lugar. LA RAZÓN DE ESTO. ¿Por qué los hijos de Dios llegan allí? ¿Por qué Dios considera oportuno ponerlos en el horno?

1. La primera razón que tengo es esta: que es el sello del pacto. Saben que hay ciertos documentos que, para ser legales, deben llevar un sello gubernamental. Si no tienen este sello, pueden estar escritos, pero no serán en absoluto legales y no podrán ser presentados en un tribunal de justicia.

Ahora se nos dice cuál es el sello del pacto. Hay dos sellos y, para su información, permítanme remitirlos al libro de Génesis 15:17, y allí verán cuáles son. Cuando Abraham estaba acostado por la noche, un horror de gran oscuridad cayó sobre él y Dios hizo un pacto con él, y se dice: «Sucedió que, puesto ya el sol, y estando en oscuridad, he aquí un horno humeante y una antorcha de fuego que pasaba entre los trozos.» (Génesis 15:17).

Estas dos cosas fueron los sellos que aseguraron el pacto: «*una antorcha de fuego*» —la luz para el pueblo de Dios, luz para su oscuridad, luz para guiarlos durante todo el camino al cielo—. Y junto a la lámpara, «*un horno humeante*». ¿Desearé entonces que arranquen el horno humeante? ¿Deseo deshacerme de él? No. Porque eso invalidaría todo. Por lo tanto, lo soportaré con alegría, ya que es absolutamente necesario para que ese pacto sea válido.

2. Otra razón es esta: todas las cosas preciosas deben ser probadas. Nunca has visto algo precioso que no haya tenido una prueba. El diamante debe ser cortado, y ese pobre joya sufre un corte duro. Si fuera capaz de sentir dolor, nada estaría más irritado y preocupado que ese diamante. El oro también debe ser probado. No puede usarse tal como se extrae de la mina o en granos como se encuentra en los ríos. Debe pasar por el crisol y eliminarse la escoria. La plata debe ser probada.

De hecho, todas las cosas de valor deben soportar el fuego. Es la ley de la naturaleza. Salomón nos lo dice en el capítulo diecisiete de Proverbios, el tercer versículo, dice: «El crisol es para la plata, y la hornaza para el oro.» (Proverbios 17:3). Si no fueras más que estaño, no habría necesidad del *crisol* para ti. Pero es simplemente porque eres valioso que debes ser probado.

Fue una de las leyes de Dios, escrita en el libro de Números, capítulo treinta y uno, versículo veintitrés: «Todo lo que resiste el fuego, por fuego lo haréis pasar, y será limpio.» (Números 31:23). Es una ley de la naturaleza, es una ley de la gracia, que todo lo que puede soportar el fuego —todo lo que es precioso— debe ser probado. Ten la seguridad de esto: aquello que no resiste la prueba no merece ser tenido.

¿Elegiría predicar en esta casa si pensara que no resistiría la prueba de una gran congregación, sino que algún día podría tambalearse y derrumbarse? ¿Construiría alguien que forma una vía férrea un puente que no resistiría la prueba del peso que podría circular sobre él? No, tenemos cosas que resistirían la prueba, de lo contrario las consideraríamos sin valor. Aquello en lo que puedo confiar una hora, pero que encuentro que se rompe a la siguiente, cuando más lo necesito, me es de poca utilidad. Pero porque son valiosos, santos, porque son oro, por lo tanto deben ser probados. Por el mero hecho de ser valiosos, deben ser hechos pasar por el horno.

3. Otro pensamiento es este: se dice que el cristiano es un sacrificio a Dios. Ahora bien, todo sacrificio debe ser quemado con fuego. Incluso cuando ofrecían las espigas verdes antes de la cosecha, se dice que las espigas verdes debían ser secadas con fuego. Mataban el becerro y lo ponían sobre el altar, pero no era sacrificio hasta que lo quemaban. Degollaban el cordero, ponían la leña, pero no había sacrificio en la matanza del cordero hasta que era quemado.

¿No saben ustedes, hermanos, que somos ofrendas a Dios y que somos un sacrificio vivo a Jesucristo? Pero ¿cómo podríamos ser un sacrificio si no fuéramos quemados? Si nunca tuviéramos el fuego de la tribulación sobre nosotros, si nunca fuéramos encendidos, yaceríamos allí sin humo, sin llama, inaceptables para Dios.

porque eres Su sacrificio, por lo tanto, debes ser quemado. El fuego debe penetrarte y debes ser ofrecido como holocausto, santo y aceptable a Dios.

4. Otra razón por la que debemos ser puestos en el horno es que, de otro modo, no seríamos en absoluto como Jesucristo. Si lees esa hermosa descripción de Jesucristo en el libro de Apocalipsis, encontrarás que dice: «Sus pies eran semejantes al bronce bruñido, ardiente como en un horno» (Apocalipsis 1:15). Los pies de Jesucristo representan Su humanidad, la cabeza, la divinidad. La cabeza de Su Deidad no sufrió —como Dios, Él no podía sufrir. Pero «Sus pies eran semejantes al bronce bruñido, ardiente como en un horno» (Apocalipsis 1:15).

¿Cómo podemos ser como Cristo, a menos que nuestros pies también sean quemados en el horno? Si Él caminó a través de las llamas, ¿no debemos hacer nosotros lo mismo? Porque «por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos» (Hebreos 2:17). Nosotros, lo sabemos, debemos ser como Cristo en esa augusta aparición cuando venga a ser admirado por todos Sus santos. Hemos de ser

como Él cuando le veamos tal como es. ¿Y temeremos ser como Él aquí? ¿No pisaremos donde pisó nuestro Salvador? Ahí está Su pisada, ¿no llenará nuestro pie el mismo lugar? Ahí está Su huella, ¿no diremos de buena gana,

«Su huella veo y la seguiré

El camino estrecho, hasta que a Él lo vea.»

¡Sí! ¡Adelante, cristiano! El Capitán de tu salvación ha atravesado el valle oscuro antes que tú; por lo tanto, ¡adelante! ¡Adelante con audacia! ¡Adelante con valor! ¡Adelante con esperanza! para que seas como tu Salvador mediante la participación en Sus sufrimientos.

III. ¿Y ahora CUÁLES SON LOS BENEFICIOS DEL HORNO?

Porque estamos bastante seguros de que todas estas razones no son suficientes para que Dios pruebe a Su pueblo a menos que haya algún beneficio que derivar de ello.

1. Muy simple y brevemente entonces, un beneficio que se deriva del horno es que nos purifica. Amablemente, algunos de los magistrados de Glasgow me mostraron una de las mayores obras de construcción naval que jamás había visto. Los vi fundir ciertos artículos mientras estaba presente. Noté cómo ponían el metal en el crisol, y después de someterlo a un calor intenso, los vi verterlo como agua en los moldes, pero primero retiraron las impurezas de la superficie.

Pero la escoria nunca habría subido a la superficie si no hubiera sido por el fuego. No podrían extraer la escoria si no se hubiera puesto en el horno y fundido. Ese es el beneficio del horno para el pueblo de Dios. Los funde, los prueba y los purifica. Se deshacen de su escoria, y si tan solo podemos deshacernos de eso, podríamos estar dispuestos a sufrir toda la miseria del mundo.

El hombre que está muy enfermo puede tardar mucho antes de estar dispuesto a que el cuchillo del médico sea usado sobre él, pero cuando la muerte llega a su cabecera, al fin dirá: «Cualquier cosa, médico. Cualquier cosa, cirujano. Si tan solo puede quitar esta enfermedad, corte tan profundo como quiera». Confieso que tengo la mayor antipatía al dolor, pero sin embargo, un dolor mayor hará que uno soporte uno menor para aliviarlo.

Y como el pecado es dolor para el pueblo de Dios, como es un tormento agotador, estarán dispuestos, si es necesario, a que se les corte la mano derecha o se les saque el ojo derecho, antes que tener dos ojos o dos manos para ser echados en el fuego del infierno. El horno es un buen lugar para ti, cristiano. Te beneficia. Te ayuda a ser más como Cristo y te prepara para el cielo. Cuanto más trabajo de horno tengas, antes llegarás a casa. Porque Dios no te mantendrá mucho tiempo fuera del cielo cuando estés preparado para ello. Cuando toda la escoria sea quemada y el estaño se haya ido, Él

dirá: «Trae aquí esa cuña de oro. Yo no guardo Mi oro puro en la tierra. Lo pondré junto con Mis joyas de la corona en el lugar secreto de Mi tabernáculo celestial».

2. Otro beneficio del horno es que nos hace más dispuestos a ser moldeados. Que un herrero tome un trozo de hierro frío. Lo ponga sobre el yunque y baje su pesado martillo con tremenda fuerza para darle forma. Ahí está trabajando. ¡Ah! Señor Herrero, tendrá muchos días de arduo trabajo antes de que haga algo con esa barra de hierro. «Pero», dice, «pienso golpear con fuerza, golpear con precisión, y mañana, tarde y noche, este martillo sonará siempre sobre el yunque y sobre el hierro».

¡Ah! así puede ser, señor Herrero, pero de ello no saldrá nada. Puede golpearlo eternamente mientras está frío y será un tonto por sus esfuerzos. Lo mejor que podría hacer sería colocarlo en el horno, entonces podría soldarlo, entonces podría fundirlo por completo y verterlo en un molde, y tomaría cualquier forma que le agradara.

¿Qué podrían hacer nuestros fabricantes si no pudieran fundir el metal que usan? No podrían hacer ni la mitad de las diversas cosas que vemos a nuestro alrededor si no pudieran licuar el metal y luego moldearlo. No podría haber hombres buenos en el mundo si no fuera por los problemas. Ninguno de nosotros podría ser útil si no pudiéramos ser probados en el fuego.

Tómame como soy, un trozo de metal tosco, muy tosco, severo y duro. Puedes educarme en mi niñez y usar la vara. Puedes entrenarme en mi madurez y poner ante mis ojos los dolores del magistrado y el temor de la ley, pero harás de mí un tipo muy lamentable, con todos tus golpes y sacudidas. Pero si Dios me toma en Sus manos, y me pone en el horno de la aflicción, y me derrite mediante la prueba, entonces Él puede formarme a Su propia gloriosa imagen, para que al final sea reunido con Él arriba. El horno nos hace fusibles. Podemos ser mejor vertidos y moldeados y entregados a las doctrinas, cuando hemos sido algo probados.

3. Entonces el horno es muy útil para el pueblo de Dios porque allí obtienen más luz que en cualquier otro lugar. Si viajas por los alrededores de Birmingham, o en otros distritos manufactureros, por la noche te interesará el resplandor de luz que proyectan todos esos hornos. Es la propia y honorable iluminación del trabajo. Esto puede ser una idea aparte del tema, pero creo que no hay lugar donde aprendamos tanto y tengamos tanta luz proyectada sobre la Escritura como lo hacemos en el horno.

Lee una verdad con esperanza, léela en paz, léela en prosperidad, y no sacarás nada de ella. Sé puesto dentro del horno (y nadie sabe qué resplandor brillante hay allí que no haya estado allí) y entonces podrás deletrear todas las palabras difíciles y comprender más de lo que jamás podrías sin él.

4. Un uso más del horno —y esto lo doy para beneficio de aquellos que odian al pueblo de Dios— es que es útil para traer plagas sobre nuestros enemigos. ¿No recuerdas el pasaje en Éxodo, donde «Jehová dijo a Moisés y a Aarón: Tomad puñados de ceniza de horno, y que Moisés la esparza hacia el cielo en presencia de Faraón. Y vendrá a ser polvo menudo sobre toda la tierra de Egipto, y producirá sarpullido con úlceras tanto en los hombres como en las bestias» (Éxodo 9:8-9).

No hay nada que plague tanto a los enemigos de Israel como los «puñados de ceniza del horno» que somos capaces de arrojar sobre ellos. El diablo nunca carece más de sabiduría que cuando se inmiscuye con el pueblo de Dios y trata de desacreditar a los ministros de Dios. «¡Desacreditadlo!» Señor, ¡lo estáis encumbrando! Nunca le haréis daño con todo lo que podáis decir contra él, porque «puñados de polvo del horno» serán esparcidos para traer plagas sobre los impíos por toda la tierra. ¿Algún cristiano ha sufrido alguna vez por la persecución —realmente ha sufrido por ella? ¿Alguna vez realmente ha perdido por ella? No, es todo lo contrario. Ganamos por ella.

¿Recuerdan el caso del horno de fuego ardiente de Sadrac, Mesac y Abednego, y los tratos de Nabucodonosor? ¿Recuerdan que mandó que el horno se calentara siete veces más de lo usual, y les dijo a sus valientes hombres, a los más fuertes, que ataran a estos tres hombres y los arrojaran al horno? ¡Ahí van! Han arrojado a tres hombres atados al fuego, pero antes de que tuvieran tiempo de darse la vuelta, se dice que el calor de las llamas mató a los hombres que los arrojaron al horno.

El mismo Nabucodonosor dijo: «¿No echamos al fuego a tres varones atados? He aquí, yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a el Hijo de Dios» (Daniel 3:24-25). Ahora, fíjense en estos puntos. Nabucodonosor cometió un gran error y calentó el fuego demasiado. Eso es justo lo que nuestros enemigos hacen a menudo. Si solo dijeran la verdad sobre nosotros y solo contaran nuestras imperfecciones, entonces tendrían suficiente que hacer. Pero en sus esfuerzos por derribar a los siervos de Dios, calientan el fuego demasiado. Hacen que lo que dicen huela, como dijo Rowland Hill, demasiado a mentira, por lo tanto, nadie les cree. Y en lugar de causar algún daño, simplemente mata a los hombres que nos habrían arrojado al fuego.

He notado a veces que cuando sale un artículo desesperado contra algún hombre en particular, suponiendo que el hombre tenga razón, la persona que escribe el artículo siempre resulta dañada por ello, pero no el hombre que es arrojado al fuego. Le hace bien al hombre calumniado.

Todo lo que se ha dicho de mí, como uno de los siervos de Dios, me ha hecho bien. Simplemente ha quemado los lazos de mi oscuridad y me ha dado libertad para hablar a miles. Además, arrojar al cristiano al horno es ponerlo en la sala de Cristo, ¡porque he aquí! ¡Jesucristo camina con él! Ahórrense el problema, oh enemigos. Si desean hacernos daño, ahórrense el esfuerzo. Crean que eso es el horno. No lo es. Es la puerta del cielo. Jesucristo está allí y ¿serán tan necios como para ponernos

justo donde nos gusta estar? ¡Oh, amables enemigos, así nos hacen triple bendecidos! Pero si fueran sabios, dirían: «Déjelo. Porque si este asunto es de Dios, subsistirá; y si no es de Dios, fracasará por completo» (Hechos 5:38-39).

Los enemigos de Dios reciben más daño de las «cenizas del horno» que de cualquier otra manera. Son disparos que matan dondequiera que van. La persecución daña a nuestros enemigos. No puede dañarnos. Que sigan adelante, que sigan luchando, todas sus flechas caen de nuevo sobre ellos mismos. Y en cuanto a cualquier mal que se nos haga, es pequeño y ligero en comparación con el daño que se hace a su propia causa. Esta, entonces, es otra bendición con respecto al horno: daña a nuestros enemigos aunque no nos daña a nosotros.

IV. Y ahora, para concluir, consideremos LOS CONSUELOS EN EL HORNO.

Los hombres cristianos pueden decir: «Está bien que nos digan el bien que hace el horno, pero queremos algo de consuelo en él».

1. Pues bien, amados, lo primero que les daré es el consuelo del texto mismo: la ELECCIÓN. Consuélate, tú, el probado, con este pensamiento, Dios dice: «Te he escogido en el horno de la aflicción» (Isaías 48:10). El fuego está caliente, pero Él me ha escogido. El horno quema, pero Él me ha escogido. Estos carbones están calientes, el lugar no me agrada, pero Él me ha escogido.

¡Ah! Viene como una suave brisa que apacigua la furia de la llama. Es como un viento suave que abanica las mejillas. Sí, este solo pensamiento nos reviste de una armadura ignífuga contra la cual el calor no tiene poder. Que venga la aflicción —Dios me ha escogido. Pobreza, puedes entrar por la puerta —Dios ya está en la casa y Él me ha escogido. Enfermedad, puedes venir, pero tendré esto a mi lado como un bálsamo —Dios me ha escogido. Sea lo que sea, sé que Él me ha escogido.

2. El siguiente consuelo es *que tienes al Hijo del Hombre contigo en el horno*. En esa silenciosa alcoba tuya, se sienta a tu lado Uno a quien no has visto, pero a quien amas. Y a menudo, cuando no lo sabes, Él prepara toda tu cama en tu aflicción y alisa tu almohada para ti.

Estás en la pobreza, pero en esa casa solitaria tuya, que no tiene nada que cubrir sus paredes desnudas, donde duermes en un miserable jergón, ¿sabes que el Señor de la vida y la gloria es un visitante frecuente? ¡Él a menudo pisa esos suelos descalzos y poniendo Sus manos sobre esas paredes, las consagra! Si estuvieras en un palacio, Él podría no venir allí. A Él le encanta venir a estos lugares desolados para visitarte.

El Hijo del Hombre está contigo, cristiano. No puedes verlo, pero puedes sentir la presión de Sus manos. ¿No escuchas Su voz? Es el valle de sombra de muerte. No ves nada, pero Él dice: «No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios» (Isaías 41:10).

Es como aquella noble frase de César: —No temas, llevas a César y toda su fortuna. ¡No temas, cristiano! ¡Llevas a Jesús en el mismo barco contigo y toda Su fortuna! Él está contigo en el mismo fuego. El mismo fuego que te abrasa, lo abrasa a Él. Lo que podría destruirte, podría destruirlo a Él, porque eres una porción de la plenitud de Aquel que llena todo en todo. ¿No te aferrarás a Jesús, entonces, y dirás—

**«A través de inundaciones y llamas, si Jesús me guía,
Le seguiré adondequiera que vaya.»**

Sintiendo que estás seguro en Sus manos, ¿no te reirás incluso de la muerte y triunfarás sobre el aguijón del sepulcro, porque Jesucristo está contigo?

Ahora, queridos amigos, hay otro gran horno además del que he estado hablando. Hay un horno muy grande: «Su hoguera es de fuego y mucha leña; el soplo de Jehová, como arroyo de azufre, lo enciende» (Isaías 30:33). Hay un horno tan caliente que cuando los impíos son arrojados a él, serán como el crepitar de espinos bajo una olla.

Hay un fuego tan excesivamente feroz que todos los atormentados en sus llamas pasan su tiempo en «el lloro y el crujir de dientes» (Mateo 13:42). Hay un horno «donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga» (Marcos 9:48). Dónde está, no lo sé. Me parece que no está aquí abajo en las entrañas de la tierra. Sería un pensamiento triste que la tierra tuviera el infierno dentro de sus propias entrañas, pero que está en algún lugar del universo, el Eterno lo ha declarado.

¡Hombres y mujeres! ustedes que no aman a Dios, unos pocos años más los pondrán en un viaje a través de lo vasto desconocido para descubrir dónde está este lugar. Si mueren sin Dios y sin Cristo, una mano fuerte los tomará en su lecho de muerte, e irresistiblemente serán llevados a través de la vasta expansión del éter, sin saber adónde se dirigen, pero con el terrible pensamiento de que están en manos de un demonio, quien con mano de hierro los lleva muy rápidamente.

Abajo los precipita. ¡Ah! ¡Qué caída sería esa, amigos míos! ¡Encontrarse allí en esa tierra desesperada de tormentos! ¡Que nunca la conozcan! Las palabras no pueden describírselas ahora. Solo puedo evocar unas pocas y terribles emociones horribles. Solo puedo pintarlo con unas pocas y toscas palabras; ¡que nunca lo sepan!

Si desean escapar, solo hay una puerta. Si quieren ser salvos, solo hay un camino. Si quieren encontrar entrada al cielo y escapar del infierno, solo hay un camino. El camino es este: «Cree en el

Señor Jesucristo, y serás salvo» (Hechos 16:31). «El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado» (Marcos 16:16).

Creer es confiar en Jesús. Como solía decir un antiguo teólogo: «*La fe es recumbencia en Cristo.*» Pero es una palabra demasiado difícil. Quiso decir, la fe es recostarse en Cristo. Como un niño se recuesta en los brazos de su madre, así es la fe. Como el marinero confía en su barca, así es la fe. Como el anciano se apoya en su bastón, así es la fe. Como yo puedo confiar, ahí está la fe. La fe es confiar. Confía en Jesús, Él nunca te engañará.

«Aventúrate en Él, aventúrate por completo,

Que ninguna otra confianza se entrometa;

Nadie sino Jesús

Puede hacer bien a los pecadores indefensos.»

Así podrán escapar de ese horno de fuego en el que debe ser echado el impío. Dios los bendiga a todos, por amor de Su nombre.

Tomado de The Metropolitan Tabernacle Pulpit C. H. Spurgeon Collection. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, el uso de puntuación, la capitalización de los pronombres de la Deidad y una mínima actualización de algunas palabras arcaicas. El contenido está íntegro. Recursos adicionales basados en la Biblia están disponibles en www.spurgeongems.org.